

David Jiménez

EL BOTONES DE KABUL

la esfera  de los libros

Primera edición: octubre de 2010

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

© David Jiménez, 2010

© La Esfera de los Libros, S. L., 2010

Avenida de Alfonso XIII, 1, bajos

28002 Madrid

Tel.: 91 296 02 00 • Fax: 91 296 02 06

www.esferalibros.com

ISBN: 978-84-9734-223-0

Depósito legal: M. 37.856-2010

Composición: Pacmer, S. A.

Impresión: Huertas

Encuadernación: Huertas

Impreso en España-*Printed in Spain*

La orquesta que solía amenizar los bailes de salón había regresado a Herat, llevándose los solos de trompeta de Kabir Khan y las coartadas de las noches de los viernes. Ya no se encargaban flores para el vestíbulo, una bruma de polvo envolvía a los huéspedes al caminar por los pasillos y la piscina permanecía vacía, su fondo de azulejos turquesa cubierto de casquillos de bala. Sobre la barra del bar de verano, donde no se había servido alcohol desde la fiesta de despedida del embajador Pierre Grudé, once años antes, una pizarra seguía anunciando con letras desgastadas una *happy hour* de cerveza turca. Los relojes de pared de la recepción habían dejado de dar la hora. El Intercontinental había caído en la vejez prematura de los hoteles que han dejado de ser visitados y sólo permanecía abierto por empeño de sus empleados. Se presentaban a trabajar sin faltas ni retrasos, en los días de golpe de Estado y luto por magnicidio, bajo las tormentas de morteros y durante las ofensivas de primavera, convencidos de que todo volvería a ser como antes tan pronto terminara la guerra. La llegada de un huésped se había convertido en un acontecimiento tan inusual, alimentaba de tal manera la nostalgia de tiempos mejores, que nadie se esforzó por disimular su sorpresa cuando entró en el hotel un extranjero delgado, de cabellos castaños y ondulados, rostro de rasgos suaves, tez dorada y la mirada despreocupada de quien no se ha extraviado. Los mozos se atropellaron para formar un pasillo de bienvenida, se barrió el suelo a su paso y hubo tur-

nos para hacer reverencias al recién llegado, ofreciéndole el tipo de recibimiento antaño reservado a príncipes, estrellas de Bollywood y gánsteres que pudieran permitirse la suite presidencial.

Le dieron la 303, con vistas al Hindu Kush.

Frank Goldkamp se dejó custodiar hasta su habitación por la comitiva de recepción, se deshizo de ella con propinas y colgó de la puerta un cartel con la inscripción Overseas Risk Management Ltd. La habitación le recordó al motel de carretera al que solía llevar a un viejo amor del instituto. La cama estaba flanqueada por dos mesillas sobre las que había idénticas lámparas jarrón con mamparas estampadas en flores y bombillas que al encenderse reproducían los dibujos floreados en el techo. Sobre una mesa de madera astillada había una copia del Corán —en árabe y con traducción al inglés—, un bloc de notas junto a un lápiz sin punta y un folleto turístico con fotos descoloridas del valle del Panshir y los Budas de Bamiyán.

Los días que siguieron a su llegada, Goldkamp se despertó creyendo que lo hacía en su apartamento de Austin, listo para saltar de la cama, correr veinte minutos por el parque Duncan, darse una ducha rápida y caminar con su café en la mano hasta la central de Overseas, en el cruce de la Sexta Avenida con Colorado Street. Lo primero que le decía que había vuelto a amanecer en Kabul era el cuadro que colgaba de la pared frente a su cama, colocado para disimular impactos de metralla que sobresalían de todas formas por los laterales del marco. Un sol demasiado amarillo, un cielo demasiado azul y gaviotas de ojos desproporcionadamente grandes. «¡Mierda!», era la primera palabra que salía de su boca al abrir los ojos y encontrarse con la pintura barata y sin firma de la 303. Dejaba que el teléfono sonara un buen rato, descolgaba el auricular sin levantarse de la cama y lo dejaba caer sobre su pecho sin decir nada. Sabía que era Brian. Siempre era él. A la misma hora. Todos los días.

—Frank, ¿eres tú...?

—...

—Vamos, sé que estás ahí. Oye, estás molesto y no te falta razón. Sólo quiero que sepas que todo se va a arreglar muy pronto.

—...

—¿Te he fallado alguna vez? ¡Vamos, dime! ¿Lo he hecho? Hago lo que puedo, ¿sabes? Estas cosas las tienen que aprobar los de arriba.

—No me vengas más con los de arriba —dijo Goldkamp finalmente—. ¿Tienes la menor idea de lo que va a costar comprar a estos mulás? Los muy cabrones, todo el día en la mezquita de rodillas, venga a rezar. Y como no les gustan los bancos, lo querrán todo en *cash*. Dos semanas y no tengo teléfono ni dinero para empezar a moverme. El ordenador que me diste..., ¿qué esperas que haga con ese trasto? Aún no he logrado arrancarlo.

—No te pongas nervioso —dijo el director de operaciones de Overseas—. En cuanto te llegue el dinero te compras el ordenador y...

—Te compras el ordenador, te compras el ordenador... ¿Aquí? ¿Dónde voy a encontrar un ordenador? ¿Cojo un taxi y me voy a Walmart? No hay ordenadores, no hay televisores, no hay teléfonos móviles, no hay Internet, ¿entiendes? Nada. Esto es la Edad Media. Los Picapiedra se sentirían en su casa. ¿Dónde está el teléfono satélite que me ibas a mandar? ¿Y el dinero? Espera..., llaman... ¡No te muevas de ahí, aún no he acabado contigo!

Frank Goldkamp abrió la puerta y se encontró tras ella a un viejo de espesa barba blanca, grandes mofletes y un cuerpo grueso que apenas cabía en su uniforme. Una gorra de plato con visera ocultaba sus ojos.

—¿Ha llamado, mister Goldkamp?

—El agua caliente no funciona.

—El calentador está roto —dijo el hombre.

—EL CA-LEN-TA-DOR ES-TÁ RO-TO —repitió Goldkamp parándose en cada sílaba y subiendo la voz para que Brian pudie-

ra escucharle a través del auricular que había dejado sobre la cama—. ¿Lo oyes? Roto, estropeado, jodido, kaput.

Volvió al teléfono dejando al botones plantado en la entrada.

—¿Oíste lo que dijo el botones? El calentador no funciona y en este lugar no conocen la primavera. Abril y por la noche a bajo cero y nevando. ¿Qué te parece? ¿A qué mierda de país he venido? Si no está todo aquí en dos semanas me largo. —Goldkamp colgó sin esperar respuesta, volviéndose de nuevo hacia el viejo—. ¿Y se puede saber cuándo demonios lo van a arreglar?

—¿El agua?

—¡Sí, sí! ¿Es que a los afganos no se les enfría el culo, todo el día sentados sin hacer nada?

—Si quiere puedo traerle un cubo de agua caliente. La calentamos en la cocina del sótano.

—Bien. Un dólar por cada cubo de agua caliente que me traiga. Uno por la mañana, a las siete y media, y otro a las seis de la tarde. ¿A qué espera? ¿Una propina sin haber traído un solo cubo? Ah, otra cosa. —Goldkamp cambió el tono de voz, pasando a hablar en voz baja y alargando el cuello a través del marco de la puerta para comprobar que no había nadie en el pasillo—. No sabrá usted dónde puede uno tomar un trago por aquí, ¿eh?

—El alcohol está prohibido en Afganistán —dijo el hombre, imitando la voz casi inaudible del huésped americano—. Espero que comprenda que el hotel no puede...

—Sí, claro, lo entiendo, pero quizá podría hacerme un favor personal. Por supuesto, se lo pagaría con una buena propina, si usted me entiende. Siempre hay una botella escondida en algún lugar. ¿No guardarán ustedes alguna para los extranjeros?

—Lo siento, señor Goldkamp. Cualquier otra cosa, estoy a su disposición. ¿Hay algo más que pueda hacer por usted?

—El agua, no lo olvide.

Chaqueta color escarlata con una hilera de botones dorados, pantalones con tiras de seda blanca en los laterales de ambas perneras, cinturón con una pesada hebilla en metal dorado, guantes de lana blancos —opcionales en los meses de verano—, zapatos negros de charol y gorra de plato en paño rojo a juego con la chaqueta y los pantalones, con una visera bordeada por un cordoncillo entrelazado en oro. El uniforme de botones del Intercontinental no había cambiado desde 1969, cuando el rey Mohammed Zahir Shah inauguró el hotel y los empleados le hicieron un pasillo de bienvenida luciendo sus trajes nuevos. El director Fahim los había alineado en dos filas idénticas, cuidándose de no dejar huecos libres entre sus empleados, con la esperanza de que el rey, al caminar del coche a la entrada, no advirtiera que el hotel no estaba acabado del todo y que el lado oeste de la fachada se encontraba por alicatar.

Habid se sentía exultante. Tan sólo unos días antes había partido de su aldea natal, cruzado el paso Unai a lomos de un asno, dejando atrás los Cien Valles, recuperando fuerzas en Jalez y siguiendo desde allí el curso del río Kabul hasta entrar en la capital por la Ciudad Vieja, donde las gentes eran tantas y de lugares tan diferentes, que nadie reparó en él, preguntó de dónde venía o qué le traía a la ciudad. Vendió el asno en el mercado de animales y pagó por adelantado una semana de pensión a la espera de encontrar trabajo. Lo primero que le llamó la atención de la ciudad fueron los uniformes de los agentes de tráfico. Pensó que un campesino pobre y sin educación como él sólo encontraría esposa si daba con un empleo donde le vistieran con uniforme, a poder ser con sombrero. El dueño de la pensión le contó que pronto se inauguraría el primer hotel de cinco estrellas de la ciudad y que el Ministerio de Turismo buscaba empleados.

Habid se presentó al día siguiente ante el director Fahim para pedir un puesto. Dijo que no hablaba inglés pero que aprendería, que no tenía maneras pero las adoptaría y que no faltaría

jamás a su puesto, pasara lo que pasara, hasta el día de su jubilación. Se esforzaría por ser el mejor botones de Kabul.

—El trabajo es suyo —dijo el director, impresionado por la disposición del candidato—. Preséntese mañana poco antes del amanecer y todos los días a partir de entonces menos los viernes de rezo; ocho días de vacaciones al año que tendrá que comunicarme el primero de cada año; los días de ausencia forzosa por la muerte de familiar directo, esto es, padre, hermanos, madre o hijos; y durante alistamientos, voluntarios o forzosos, para la defensa de la patria. ¿Tiene usted hijos?

Y sin darle tiempo a contestar, el director Fahim añadió:

—No, por supuesto, es usted muy joven aún. Mañana, pues, a la hora convenida. Buenos días. Tendrá usted cosas que hacer, supongo.

El rey Zahir llegó en un Rolls-Royce Silver Cloud color crema con los asientos de cuero blanco. Se bajó del coche, levantó la vista para otear el cielo y quedó cegado por la luz del sol. El mediodía había traído la falsa primavera de finales de marzo, antes de que las primeras sombras de la tarde volvieran a helar el aire. Tras recuperar la vista, empezó a caminar muy despacio sobre una alfombra roja a estrenar, observando a los empleados que le flanqueaban y deteniéndose a medio camino, justo a la altura donde se encontraban, uno frente a otro, Habid el botones y Najam el cocinero. El rey continuó caminando hacia la entrada, se detuvo un momento, volvió sobre sus pasos y se acercó a Habid, que destacaba del resto de la fila por tener la barba mejor cuidada, recortada de forma que ningún pelo sobresalía más que otro y cuyo espesor se distribuía de forma idéntica alrededor de sus facciones, redondeando su rostro.

—Y usted, joven, ¿de dónde viene? —preguntó el rey con las manos entrelazadas tras la espalda, haciendo ademán de tener todo el tiempo del mundo para escuchar la respuesta.

Habid tardó en reaccionar, impresionado por el que sería su primer encuentro de muchos con personajes importantes y por

el traje que el rey se había hecho traer de Milán, cortado en seda azul y tocado por una corbata gris estampada con pequeños leones dorados.

—Su... su majestad. Soy de una pequeña aldea que descansa en una de las laderas del monte Unai.

—Hmm, gente dura sin duda. ¿Hazara? No parece un hazara.

—Mi padre es pastún y mi madre hazara —dijo Habid ruborizándose de la mezcla.

—Todos afganos, todos afganos —dijo el rey mientras reanudaba el paso hacia la entrada, donde le esperaban haciendo genuflexiones el director Fahim y los miembros de una delegación oficial liderada por el ministro de Turismo.

Habid abrió desde ese día la puerta del Intercontinental a fulanas llegadas de Karachi en los tiempos mejores y a muyahidines armados con Kalashnikov en los peores, sujetándose la visera de la gorra de plato con los dedos índice y pulgar, inclinándose ligeramente hacia delante y anunciándose como «el botones de Kabul, para servirle». Permaneció en su puesto cuando el rey se ausentó para consultar al oftalmólogo en Italia, y su primo lo destronó en un golpe de Estado; durante la revolución comunista, y cuando los soviéticos invadieron el país para defenderla; cuando el pueblo se levantó contra los invasores y el día que se celebró su derrota; cuando los vencedores empezaron a pelearse por las ruinas del país y durante los largos años de guerra civil que siguieron, en los que podían pasar semanas sin que llegara un solo huésped al Intercontinental.

Una noche de septiembre de 1996, Habid caminaba por la avenida del Cine Zainab en su día libre cuando vio pasar furgonetas llenas de guerrilleros barbudos. Disparaban sus rifles en dirección a la luna e ignoraban a la muchedumbre que los vitoreaba. El botones de Kabul corrió al hotel para contar a los demás que los talibanes habían tomado la ciudad y porque habría que hacer preparativos: no había golpista, magnicida, revolucionario

o invasor, afgano o extranjero, que no celebrara su victoria en el Intercontinental.

Los talibanes se presentaron en el hotel tres días después. A Habid le extrañó que no quisieran darse un festín o llevarse el dinero de la caja, como era costumbre. Se limitaron a preguntar si el hotel cumplía con el decreto que prohibía la venta de alcohol en Afganistán. El director Fahim los recibió tras el mostrador del lobby, tratando de aparentar normalidad, repitiendo a los empleados en susurros apenas inaudibles que todo saldría bien. Un joven comandante talibán de grandes ojos negros y gesto embrutecido entregó su arma a uno de sus soldados, entró en el hotel y caminó hacia el mostrador de recepción como si fuera a registrarse como un huésped más.

—¿Se sirve alcohol en este hotel? —preguntó.

—No —dijo el director, titubeante. Era un hombre elegante y de conversación educada, pero ante la presencia del guerrillero perdió la compostura y empezó a tartamudear—. Somos mu... mu... musulmanes... Fieles seguidores de las en... en... enseñanzas.

Los talibanes encontraron los vinos ocultos en la sala de calefacciones, donde las altas temperaturas no solían estropearlos lo suficiente para los funcionarios del Gobierno, que creían que aquella acritud de los caldos debía de ser una cualidad de las grandes cosechas importadas de Europa. El vodka fue hallado en una nevera con doble fondo en la cocina, debajo de la carne de cordero congelada. La sala del aire acondicionado, en la azotea, estaba llena de cervezas. La última botella, un coñac Louis XIII, apareció en la caja fuerte del despacho del director. Los guerrilleros apilaron todas las botellas en la entrada del hotel y las aplastaron con un viejo tanque ruso, provocando un riachuelo que bajó por la avenida Baghe Bala y siguió su curso hasta el centro de Kabul, impregnando las calles de un fuerte olor a licores, brandis y vinos. Hubo hombres que recogieron lo que pudieron con embudos, conscientes de que aquélla sería la última noche en

mucho tiempo en la que podrían emborracharse, y mujeres que trataron de recuperar los caldos para cocinar con ellos.

El comandante talibán sacó al director Fahim a la calle a empujones, hizo ademán de preguntarle algo y con un gesto de desdén, como si hubiera cambiado de opinión y tuviera algo mejor que hacer que ponerse a dar explicaciones, extendió la mano, recibió de vuelta su Kalashnikov y lo descargó en su pecho.

Nadie volvió a pedir un trago en el Intercontinental hasta la llegada cinco años después, en la primavera de 2001, del huésped americano de la 303.